

ELECCIONES SIN PARTIDOS

Alfredo Joignant

“Me parece un mínimo de honestidad decirle al electorado por cual partido se está corriendo. No votaría x alguien que lo esconde”. Es con este twit que Cristóbal Bellolio apuntaba hace pocos días a uno de los rasgos más llamativos de las elecciones en Chile: elecciones sin partidos. Y tiene razón.

Más allá de la estridencia de twitter, a veces los tuiteros logran imponerse a la cacofonía de las luchas entre 140 caracteres, y colocar verdades. En efecto, es realmente inquietante observar el despliegue de miles de candidatos (especialmente a concejales), quienes, con fotografías sonrientes después de haber ido al dentista, nada dicen acerca de su identidad política, ni menos sobre los partidos a los que pertenecen o que los patrocinan. Vaya paradoja: mientras la legislación ha avanzado en materia de etiquetado e información sobre alimentos de consumo masivo, la tendencia es exactamente inversa sobre candidaturas electorales. Es más: esta poderosa corriente anti-política se reproduce a diario en los noticieros de televisión, cuando alcaldes, senadores y diputados son identificados únicamente con sus nombres y la función que ellos desempeñan al momento de conceder entrevistas, a menudo mediante cuñas. En cuanto a los partidos en los que militan, nada sabemos de ellos y de la función que ellos cumplen en la formación de las decisiones de voto.

En tal sentido, la distancia es sideral respecto de la política estadounidense, alemana o francesa, o simplemente argentina, en donde los senadores o diputados son presentados como afiliados a partidos. Así las cosas, cuando el congresista Mitch McConnell toma la palabra en el hemiciclo o es entrevistado por televisión, se le describe como senador republicano por Kentucky, mientras que su homólogo chileno lo sería a través de la escritura de su nombre y apellido (y tal vez, nada lo asegura, mediante el cargo que éste ocupa: “Juan Domingo Rojas, Senador”).

Esta particular forma de hacer campaña en Chile y, peor aun, de hacer política, equivale a una profunda individuación del trabajo electoral, radicalizando hasta las últimas consecuencias la racionalidad del sufragio universal. Si la soberanía del pueblo es simplemente la desagregación de millones de electores individuales que, como sugería Sartre, se ocultan en la cámara secreta para cometer todo tipo de “traiciones hacia los grupos de los que forman parte”, entonces no parece absurdo que 43 años después del artículo del filósofo existencialista sean los candidatos quienes –también ellos– terminen traicionando a sus partidos, al negar que estos se encuentran detrás de sus candidaturas.

La paradoja de las elecciones sin partidos es que, una vez concluidas, los resultados son interpretados -en primer lugar por los cientistas políticos- como si la oferta de candidatos hubiese estado organizada por fuerzas políticas colectivas, y que en realidad los electores no votaron sólo por candidatos, sino que también por partidos. Es esta perversión, constitutiva de información imperfecta, que también explica el severo y, probablemente, irremediable desprestigio de los partidos.